

**HALLAN AGUA  
EN LA LUNA**  
Niegan  
influencia de  
la última  
sudestada

Sábado 14 de marzo de 1998

Año 11 N° 539

# La Sátira/12

el desperdicio



**HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA**

## ***Cuentas suizas conservan la amistad***

LA ALIANZA EXIGIO CONOCER  
LOS BIENES DEL PRESIDENTE

**CHACHO:  
"LOS MALES  
YA SE LOS  
CONOCEMOS  
BIEN"**

BORDON SE RADICARA  
UN AÑO EN EL EXTERIOR  
**"EN LA ARGENTINA  
YA NO ME  
QUEDABA NADA  
PARA RENUNCIAR"**

# HOY SATIRA HOY

Por Rudy

Olerá-lería, olerá cucú-cucú, Olerá-lería, olerá cucú-cucú, Olerá-lería, olerá cucú-cucú". Los cantos tirolenses, que era lo único que conocíamos de Suiza, además de Heidi, Guillermo Tell y el queso, quedaron en segundísimo plano al lado de los laureles con cara de Washington que muchos argentinos supieron conseguir, depositar y esconder en "El Uruguay de Europa", si cabe la comparación.

Ahora resulta que los Alpes son en realidad una montaña de billetes y que muchos de los que en los 70 se autodenominaban "salvadores de la patria" trataron de salvarse para siempre colocando su botín, o su bota repleta de dinero en un lugar en el que pudiera estar sano y salvo, lejos de la violencia que en estas tierras se vivía. Parece que Bussi llevó a los pobres a otras provincias y el dinero a otro país. Las provincias se quejaron, el otro país no.

Pero además no es el único. Tener una cuenta en Suiza pudo ser un símbolo de status si no fuera porque mejor no divulgarlo, a ver si todavía se enteran los de la DGI. Muchos ricos mandaron sus hijos al colegio suizo, y sus billetes al banco ídem. La clase media, para no ser menos, se compraba un cuarto de queso importado y unas postales de esquiadores. Los pobres, para no quedar afuera una vez más, disfrutaban de Suiza a través de unos dibujitos animados japoneses en los que una niña cantaba "abuelito dime tú", y el abuelito tal vez le decía su número de cuenta, tal vez no.

Pero al queso le salieron agujeros, y como el mundo está globalizado y a la Argentina le tocó la parte de los papelones, llueven las denuncias como si el mismísimo Niño las estuviera haciendo caer desde el cielo. Massera, Bussi, Astiz y varios obedientes debidos o indultados, según el leal saber y entender del atributo presidencial, están ahora en la picota, pic, pic. Desde afuera los denuncian y los juzgan, mientras los argentinos seguimos en la Luna, que por lo menos ahora hay agua.

Pati, Mosquito, Toul, Jorh, Adanti, Pelopincho, Rep, Paz, Wolf y Rudy, o sea, los que semana a semana hacemos **Sátira/12**, esta vez, en un esfuerzo con precedentes, les traemos directamente desde Buenos Aires, el mejor humor suizo. O viceversa.

Nos vemos el próximo sábado, lector.



## EL LICENCIADO RODIEZ





Por Rudy

Olerá-lerá, olerá cucú-cucú, Olerá-lerá, olerá cucú-cucú, Olerá-lerá, olerá cucú-cucú". Los cantos troléres, que era lo único que conocíamos de Suiza, además de Heidi, Guillermo Tell y el queso, quedaron en segundísimo plano al lado de los laureles con cara de Washington que muchos argentinos supieron conseguir, depositar y esconder en "El Uruguay de Europa", si cabe la comparación.

Ahora resulta que los Alpes son en realidad una montaña de billetes y que muchos de los que en los 70 se autodenominaban "salvadores de la patria" traían de salvarse para siempre colocando su botín, o su bota repleta de dinero en un lugar en el que pudiera estar sano y salvo, lejos de la violencia que en estas tierras se vivía. Parece que Busa llevó a los pobres a otras provincias y el dinero a otro país. Las provincias se quejaron, el otro país no.

Pero además no es el único. Tener una cuenta en Suiza pudo ser un símbolo de status si no fuera porque mejor no divulgarlo, a ver si todavía se enteran los de la DGI. Muchos ricos mandaron sus hijos al colegio suizo, y sus billetes al banco idem. La clase media, para no ser menos, se compraba un cuarto de queso importado y unas postales de esquíadores. Los pobres, para no quedar afuera una vez más, disfrutaban de Suiza a través de unos dibujitos animados japoneses en los que una niña cantaba "abuelito dime tú", y el abuelito tal vez le decía su número de cuenta, tal vez no.

Pero al queso le salieron agujeros, y como el mundo está globalizado y a la Argentina le tocó la parte de los papeles, llueven las denuncias como si el mismísimo Niño las estuviera haciendo caer desde el cielo. Masera, Bussi, Astiz y varios obedientes debidos o indultados, según el leal saber y entender del atributo presidencial, están ahora en la piqueta, pic, pic. Desde afuera los denuncian y los juzgan, mientras los argentinos seguimos en la Luna, que por lo menos ahora hay agua.

Pati, Mosquito, Toul, Jorh, Adianti, Pelopichin, Rep. Paz, Wolf y Rudy, o sea, los que semana a semana hacemos *Sátira*/12, esta vez, en un esfuerzo con precedentes, les traemos directamente desde Buenos Aires, el mejor humor suizo. O viceversa.

Nos vemos el próximo sábado, lector.



## Tobías a la suiza

Tobías se estaba recuperando del chubasco provocado por el niño. Y no estamos refiriéndonos en este caso a la devastadora corriente climática que hace que los veranos se transformen en inviernos y los inviernos en una nueva estación aún no denominada por los meteorólogos, sino a otro niño, a Bonifacio, el sobrinito menor de Tobías, con quien acababan de tener una esclarecedora charla telefónica respecto al efecto devastador de la tele en los niños y viceversa.

—Si quiero estar agigantado, tendré que prestarle más atención a lo que dicen por la televisión. Los chicos aprenden de la tele. Los grandes compran por televisión, los presidentes hablan por televisión. Lo que no está en la tele no existe, es ésta la ley primera, lo de "los hermanos sean unidos" está demodé, gagá, fin, yafué.

—Ay, Tobías de mis rumores premonopólicos, ¡me encanta cuando hablás en guaraní! ¿De dónde sacás tanta cultura, se puede saber? —Rebequita elogia a su hombre.

—Mirá, Rebequita de mis bigotes a la maître d'hotel, en otros tiempos te hubiera dicho que es porque lo mucho, aunque por cierto no lo hago en guaraní, idioma que desconozco en su totalidad. Pero ahora eso queda mal, así que diría que la cultura la obtengo de mirar la tele.

—Y cómo hacés para obtener tanta cultura de mirar la tele?

—No encendiéndola, Rebequita de mis pautas publicitarias, no encendiéndola!

—Ay, Tobías, vos sí que sos un verdadero fashionéed, un unplugged de raza, un hombre thank you very much!

—Y dale con el castellano british, dale con el castellano british! ¡Me vas a volver loco, Rebequita de mis poluciones no ambientales!

—No digas esas cosas, Tobías, que aún no estamos casados, y el Padre Betamax se puede enterar, y es pecado!

—Y por qué se puede enterar?

—¿Quién se lo va a decir?

—Yo. Tobías de mis ardores subcutáneos, la aquí presente Rebequita! ¡Yo al Padre Betamax le digo todo, le confieso mis pecados, los de Doña Mujer, ya que ella no va

porque profesa el ateísmo, los de tío Caramelito, que le resulta difícil llegarle hasta la iglesia con la peleta puesta, los de Bonifacio, que seguro se confiesa por canal 68, los de Luisini, que entre todas las chicas del Partido Cholutista coleccionamos, y yo después se los llevo al padre y algún pedacito que aparece por ahí y no sé de quién es, pero yo se lo confieso. ¿Y sabés por qué, Tobías de mis salvas tártaras?

—No, no lo sé.

—Porque para el Padre es algo importante. Se ve que ellos guardan los pecados como si fueran un banco. Si uno no los entrega, los pecados crecen bajo la propia responsabilidad, pero si uno los deposita en la iglesia, enseguida obtiene beneficios espirituales. Y además, quedan en secreto, como en los bancos suizos.

—Y vos qué sabés de los bancos suizos, Rebequita de mis gulas vegetarianas?

—¿Ves, ves, ves, ves?

—Veo, veo.

—¿Qué ves?

—Una cosa.

—¿Qué cosa?

—Y qué sé yo, Rebequita, vos me preguntás si veo, y yo veo, la vista no me falla, ni tengo un ojo más alto que otro, ni una oreja más alta que la otra, ni ambas asimétricas a la vez!

—Yo te reprochaba que no confiabas en mí, que me considerabas una ignorante! ¡Para que lo sepas bien sabido! ¡Yo tengo una cuenta en Suiza!

—¿Vos? —La susodicha, infrascripta y superstite Rebequita! ¡Yo tengo una cuenta hecha en un banco en Suiza, cuando era chica y tía Auxilia me llevaron a Suiza. ¡Ahora te la muestro!

Y Rebequita se fue, y volvió con un papel antiguo, en el que Tobías pudo leer: "Cinco por ochocientos".

—¿Ves, ves? ¡La cuenta me la hizo la tía para que repasara para la escuela! No se entiende muy bien, porque el banco en el que apoyó el papel era medio rugoso, pero ¿tengo una cuenta en Suiza o no?

Tobías no tenía nada que decir. Y no dijo nada.



## Tobías a la suiza

Tobías se estaba recuperando del chubasco provocado por el niño. Y no estamos refiriéndonos en este caso a la devastadora corriente climática que hace que los veranos se transformen en inviernos y los inviernos en una nueva estación aún no denominada por los meteorólogos, sino a otro niño, a Bonifacio, el sobrinito menor de Tobías, con quien acababan de tener una esclarecedora charla telefónica respecto al efecto devastador de la tele en los niños y viceversa.

—Si quiero estar aggiornado, tendré que prestarle más atención a lo que dicen por la televisión. Los chicos aprenden de la tevê, los grandes compran por tevê, los presidentes hablan por tevê. ¡Lo que no está en la tevê no existe, es ésta la ley primera, lo de “los hermanos sean unidos” está demodé, gagá, finí, yafué.

—Ay, Tobías de mis rumores premenopáusicos, ¡me encanta cuando hablás en guaraní! ¿De dónde sacás tanta cultura, se puede saber? —Rebequita elogia a su hombre.

—Mirá, Rebequita de mis bigotes a la maitre d'hotel, en otros tiempos te hubiera dicho que es porque leo mucho, aunque por cierto no lo hago en guaraní, idioma que desconozco en su totalidad. Pero ahora eso queda mal, así que diría que la cultura la obtengo de mirar la tele.

—¿Y cómo hacés para obtener tanta cultura de mirar la tele?

—¡No encendiéndola, Rebequita de mis pautas publicitarias, no encendiéndola!

—¡Ay, Tobías, vos sí que sos un verdadero fashioned, un unplugged de raza, un hombre thank you very much!

—¡Y dale con el castellano british, dale con el castellano british! ¡Me vas a volver loco, Rebequita de mis poluciones no ambientales!

—¡No digas esas cosas, Tobías, que aún no estamos casados, y el Padre Betamax se puede enterar, y es pecado!

—¿Y por qué se puede enterar?

¿Quién se lo va a decir?

—Yo, Tobías de mis ardores subcutáneos, la aquí presente Rebequita! ¡Yo al Padre Betamax le digo todo, le confieso mis pecados, los de Doña Mujer, ya que ella no va

porque profesa el ateísmo, los de tío Caramelito, que le resulta difícil llegarse hasta la iglesia con la pelela puesta, los de Bonifacio, que seguro se confiesa por canal 68, los de Luisini, que entre todas las chicas del Partido Cholutista coleccionamos, y yo después se los llevo al padre y algún pecadillo que aparece por ahí y no sé de quién es, pero yo se lo confieso. ¿Y sabés por qué, Tobías de mis salsas tártaras?

—No, no lo sé.

—Porque para el Padre es algo importante. Se ve que ellos guardan los pecados como si fueran un banco. Si uno no los entrega, los pecados crecen bajo la propia responsabilidad, pero si uno los deposita en la iglesia, enseguida obtiene beneficios espirituales. Y además, quedan en secreto, como en los bancos suizos.

—¿Y vos qué sabés de los bancos suizos, Rebequita de mis gulas vegetarianas?

—¡Ves, ves, ves, ves?

—Veo, veo.

—¿Qué ves?

—Una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Y qué sé yo, Rebequita, vos me preguntás si veo, y yo veo, la vista no me falla. ni tengo un ojo más alto que otro, ni una oreja más alta que la otra, ni ambas asimetrías a la vez!

—¡Yo te reprochaba que no confiabas en mí, que me considerabas una ignorante! ¡Para que lo sepas bien sabido! ¡Yo tengo una cuenta en Suiza!

—¿Vos? —¡La susodicha, infrascripta y supérstite Rebequita! ¡Yo tengo una cuenta hecha en un banco en Suiza, cuando era chica y tía Belcebute y tía Auxilia me llevaron a Suiza. ¡Ahora te la muestro!

Y Rebequita se fue, y volvió con un papel antiguo, en el que Tobías pudo leer: “Cinco por ocho=cuarenta”.

—¿Ves, ves? ¡La cuenta me la hizo la tía para que repasara para la escuela! No se entiende muy bien, porque el banco en el que apoyó el papel era medio rugoso, pero ¡tengo una cuenta en Suiza o no?

Tobías no tenía nada que decir. Y no dijo nada.





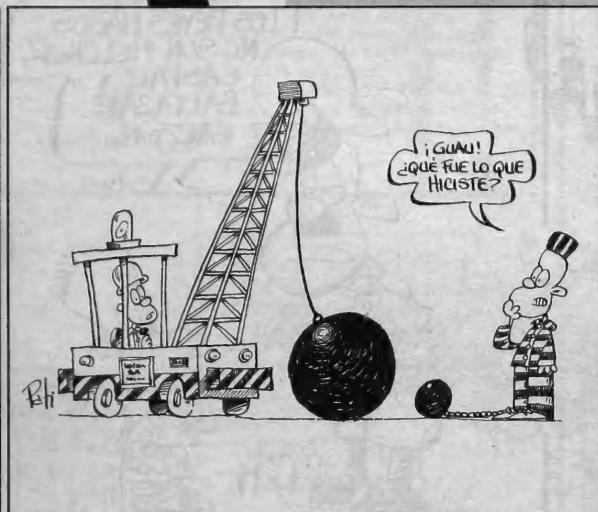
# LA

EL HUMOR  
DESPUES DEL  
HUMOR

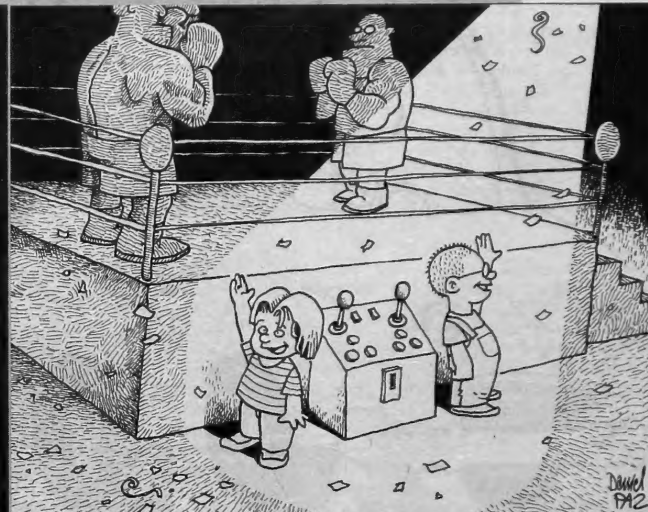
## ENRIQUE Y LA CULEBRITA CIEGA



## ¡LIBEREN A PATI!



## DANIEL PAZ



## Y VOS ¿DE QUE TE REIS?

por Rudy

### Chistes con argentinos

En el zoo de Buenos Aires. El director a uno de los cuidadores:

-Pero ¿qué hizo, animal? ¡Anoche dejó abierta la jaula de los leones!

-¿Y qué? ¿Quién se va a afanar un león?

\*\*\*

Los argentinos somos famosos por el déme dos, cuando el dólar así lo permite. Y en una de esas épocas de "dólar barato" una delegación de argentinos fue a un congreso en Miami. De pronto, en el ascensor del hotel estaban el ascensorista y quince argentinos:

-Primero.

-Quinto.

-Décimo, por favor.

-Octavo.

Y así todos iban cantando el piso, menos

uno. Entonces el ascensorista le pregunta:

-Y usted ¿a qué piso va?

-Y... a ver... ¿qué le queda?

\*\*\*

Buenos Aires. El bondi (colectivo) repleto. De pronto la mina siente una mano extraña en su pierna. Mira, y es un joven.

-¿Por qué no mete la manito en otro lado, eh?

Y él:

-Con gusto, lo que pasa es que no me atreva.

\*\*\*

El funcionario rico argentino se atraganta.

Le dice a su esposa:

-¡Me ahogo! ¡Rápido, no te quedes parada como una boluda y andá a comprarme un sanatorio!

## JORH-LINE



## por REP

## BELLAS ARTES

Las cariátides  
y los colosos  
de Buenos Aires  
también envejecen  
y se jubilan

